

El final de una ilusión

**Auge y declive del tradicionalismo carlista
(1957-67)**

Mercedes Vázquez de Prada

El final de una ilusión

**Auge y declive del tradicionalismo carlista
(1957-67)**

·SCHEDAS·

·COLECCIÓN LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI·HISTORIA DEL CARLISMO·3·

El final de una ilusión

Auge y declive del tradicionalismo carlista (1957-67)

© 2016, del texto, Mercedes Vázquez de Prada

© 2016, de la edición,

SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial 43C, 6ºD. 28005-Madrid.

www.schedas.com Tel. 911264770 ofi@schedas.com

Fotografía de cubierta: Familia Larramendi

Diseño de cubierta: MMB

ISBN (impreso): 978-84-16558-40-7

ISBN (EPUB): 978-84-16558-42-1

ISBN (Kindle): 978-84-16558-41-4

Printed: CreateSpace, Amazon.com

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO DE STANLEY G. PAYNE	15
INTRODUCCIÓN	23
CAPÍTULO 1. El cambio de táctica: de la resistencia pasiva a la colaboración con el franquismo (1955-58)	31
<i>Manuel Fal Conde apartado de la Jefatura delegada</i>	32
<i>El borrascoso Consejo Nacional de enero de 1956</i>	36
<i>Constitución del Secretariado</i>	39
<i>La Junta de las Regiones</i>	42
<i>La política de colaboración</i>	45
<i>Primeros contactos con el Gobierno</i>	47
<i>Dificultades para la reorganización política interna</i>	49
<i>Oposición a la colaboración</i>	51
<i>La AET y los jóvenes</i>	53
<i>Presentación del Príncipe en Montejurra</i>	57
<i>Atentado a José María Valiente</i>	60
<i>El acto de Estoril de diciembre de 1957</i>	61
<i>La Junta de diciembre en Hendaya y la ratificación de la colaboración</i>	66
<i>El cerco juanista</i>	69
<i>La Regencia de Estella</i>	75
<i>Intento de reactivación del octavismo</i>	75
<i>Dificultades para la reorganización de las regiones</i>	77
<i>Planes de acción política</i>	83
<i>Montejurra, acto político</i>	85
<i>Siguen los contactos con el Gobierno</i>	86
<i>Valiente, presidente del Consejo</i>	87

CAPÍTULO 2. Intento de reconstrucción del carlismo (1959-61) 89

<i>Mejora paulatina de la disciplina interna de la Comunión</i>	91
<i>La “Operación Salmón” y la carrera por la monarquía entre tradicionalistas y partidarios de la rama liberal</i>	92
<i>La Junta de enero de 1960: nuevo reglamento y programa político</i>	95
<i>El escollo dinástico</i>	99
<i>La entrevista de Franco con don Juan en “Las Cabezas” desata la tormenta</i>	102
<i>Intento de traer a don Carlos a España</i>	109
<i>Necesidad de afianzar la nueva política y el resurgir del carlismo</i>	111
<i>Valiente, Jefe delegado</i>	116
<i>Valiente y Zamanillo al frente de la Comunión</i>	117
<i>La cuestión cultural</i>	120
<i>Impulso a la reorganización regional</i>	127
<i>Negociaciones con el octavismo para la vuelta a la disciplina</i>	131
<i>Un Montejurra alentador</i>	134
<i>Nombramiento de procuradores en Cortes</i>	135
<i>La fuerza de la AET</i>	138
<i>Comienza la segunda etapa</i>	139
<i>Mensaje de Carlos Hugo a la Junta y al Consejo Nacional en octubre de 1961 y la reorganización “revolucionaria” del carlismo</i>	142
<i>Constitución de la Secretaría del Príncipe</i>	145

CAPÍTULO 3. El acuerdo imposible: la secretaría del príncipe y la tensión entre tradicionalistas y renovadores (1962-63) 149

<i>Carlos Hugo se instala en Madrid: comienza la actuación de la Secretaría política</i>	150
<i>Campaña dinástica: nacionalidad y cambio de nombre</i>	152
<i>Viajes de Carlos Hugo y de las Infantas por España</i>	155
<i>Contactos políticos del Príncipe</i>	157
<i>Comienza la nueva etapa política</i>	158
<i>La reforma de la estructura de mando de la Comunión</i>	160
<i>Inicio de las dimisiones y de la confrontación con la Secretaría</i>	162
<i>Junta Nacional de marzo de 1962: aprobación del nuevo Reglamento</i>	164

<i>Entrevista de Carlos Hugo con Franco</i>	167
<i>Reunión del Consejo Privado en Hendaya en septiembre del 62: la encuesta política</i>	170
<i>La Comunión contra la Secretaría</i>	172
<i>Consejo Nacional de diciembre de 1962 en el Valle de los Caídos</i>	177
<i>Situación del carlismo en las regiones</i>	179
<i>Se agrava la crisis política y económica</i>	182
<i>Nuevas propuestas de acción política y propagandística</i>	183
<i>Expulsión de Zamanillo: la Secretaría al mando de la Comunión</i>	185
<i>El “nuevo Caspe” y la disidencia de Siempre</i>	186
<i>Defensa de la unidad católica</i>	192
<i>Influencia de la AET en la nueva época</i>	194
<i>Nacimiento del MOT</i>	199

CAPÍTULO 4. Boda del príncipe y consolidación del cambio político (1964-65) 221

<i>Compromiso y boda de Carlos con Irene de Holanda</i>	221
<i>La reacción monárquica</i>	226
<i>Lanzamiento y campaña de los Príncipes en España</i>	230
<i>Pasividad política de la Comunión</i>	233
<i>Intentos de reactivación y problemas económicos</i>	236
<i>Actuación política de la Secretaría</i>	239
<i>La AET y el efecto del Concilio</i>	241
<i>Nuevas revistas y aparición de IM</i>	243
<i>El acto de Puchheim de 1965</i>	244
<i>Entrevista de Valiente con Franco y fin de la colaboración</i>	247
<i>Creación de la Secretaría técnica: José María Zavala al man- do de la Comunión</i>	250
<i>Nueva reorganización de las regiones y delegaciones del Re- queté, Margaritas y Comisión de Estudios Económicos</i>	251
<i>Montejurra y la nueva versión de la ideología del carlismo</i>	253
<i>La reacción conservadora y la protesta del Requeté</i>	255
<i>Asamblea en La Oliva (Navarra)</i>	256
<i>Hostilidad del Gobierno</i>	257
<i>Arrecia la oposición contra los mandos de la Comunión</i>	259
<i>Crisis de la Secretaría</i>	262
<i>La AET y la Asamblea de Zaragoza</i>	265
<i>El impacto de la Declaración de libertad religiosa</i>	268

CAPÍTULO 5. La crisis final. De nuevo en la oposición: división, apatía y confusión (1966-67)	273
<i>Primer Congreso Carlista: el carlismo en la oposición</i>	274
<i>Nueva reestructuración del aparato político del carlismo</i>	275
<i>División y bajas en provincias</i>	277
<i>Freno a la renovación: disolución de la Secretaría Técnica y aparente vuelta a la colaboración</i>	281
<i>Polémica dinástica con ABC</i>	283
<i>Tensión entre tradicionalistas y renovadores</i>	286
<i>José María Zavala, Secretario General de la Comunión</i>	288
<i>Reacción ante la Ley Orgánica del Estado</i>	290
<i>Propuesta de Libro Blanco</i>	295
<i>Nueva petición de reconocimiento de la nacionalidad</i>	297
<i>La Secretaría General prepara el plan político de la Junta de Gobierno</i>	300
<i>Fragmentación de la Comunión en dos corrientes</i>	305
<i>Aprobación de la ley de libertad religiosa</i>	307
<i>Los secretarios abandonan la Comunión</i>	310
<i>Empieza a denunciarse la corriente renovadora</i>	315
<i>La protesta de los tradicionalistas</i>	317
<i>La corriente renovadora</i>	321
<i>Elecciones de procuradores familiares</i>	322
<i>Polémica por la supuesta carta de Massó y la reacción contra Valdeiglesias</i>	326
<i>Confusión y escándalo económico en la Secretaría</i>	331
<i>Dimisión de José María Valiente</i>	333
EPÍLOGO	339
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	345
ÍNDICE ONOMÁSTICO	349

Presentación del libro *El final de una ilusión. Auge y declive del tradicionalismo carlista* (1957-67)

La fundación que presido fue erigida por mi padre, Ignacio Hernando de Larramendi, en el año 1986, con el nombre entonces de "Fundación Hernando de Larramendi", que fue modificado por el actual tras su fallecimiento en 2001.

Entre los cuatro objetivos estatutarios, de fomento de la caridad en las relaciones sociales como expresión concreta del amor y preferencia por los débiles, base de la doctrina de la Iglesia Católica, el análisis de la función de las instituciones independientes como medio de optimización de recursos y dinamización de la sociedad, así como la promoción de estudios o actuaciones de carácter científico de interés general no lucrativo, se encuentra el objetivo tercero, fijado en estos términos:

"3.-Estudio de la influencia histórica de la acción del carlismo en la sociedad española".

En desarrollo de este objetivo, que es el que es atinente en esta ocasión, se convocó, en el año 1988, un premio internacional de historia del carlismo, con el nombre de "Luis Hernando Larramendi", padre del fundador y abuelo de quien esto firma, que había dedicado su vida a la promoción y defensa en todos los ámbitos, políticos, económicos y periodísticos, del ideario carlista.

Para la gestión de ese premio desde el primer momento se decidió que debía estar avalado por un jurado independiente en el que pudieran estar representadas sensibilidades historiográficas distintas y, en la medida de lo posible, personalidades independientes y autoridades en el mundo de la historia, como efectivamente ha sido.

Y dejó claro el fundador a todos aquellos que participaron en las primeras tareas y reuniones del jurado, y a mí especialmente que le ayudaba en todo el proceso de formación de la fundación y puesta

en marcha, que no se pretendía realizar una apología doctrinal o política del carlismo, sino procurar que aspectos de su presencia en la vida española, que no hubieran estado suficientemente conocidos o estudiados, como siempre ocurre con las causas perdidas, pudieran tener un lugar en la historia.

Y eso era el homenaje que rendía a su padre, don Luis Hernando Larramendi, como reconocimiento a su dedicación esforzada, desinteresada y pocas veces reconocida, a la causa carlista.

Esa independencia de que mi padre hizo gala he procurado mantenerla, como presidente del jurado que otorga el premio, en toda circunstancia, tratando de dejar en un segundo plano opiniones o sentimientos propios, para que el desarrollo de las reuniones y la adopción de los acuerdos se efectuara con total libertad, y atendiendo a lo que se establece en las bases del premio, al rigor histórico, a la confianza que ofrece la cualificación y trayectoria profesional del candidato, y a lo más o menos conocido del objeto del proyecto cuyo estudio se presenta a concurso.

En las votaciones de la reunión del jurado que tuvo lugar en Sevilla en otoño del año 2014, se ponderaron todos sus aspectos de manera muy positiva en lo relativo al proyecto para la realización de este libro, así como también en relación con otro proyecto, ya publicado, "Hijos del Trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y el Norte de Portugal", hasta el punto de que se acordó la concesión del premio "ex aequo" a los dos proyectos, y se solicitó al patronato el aumento de la dotación del premio habida cuenta de que eran dos los galardonados.

Desde el momento mismo de los debates del jurado yo era plenamente consciente de que el tema que se proponía tratar la profesora Mercedes Vázquez de Prada era un tema delicado, por su proximidad al momento actual, que hace que vivan todavía algunos de los protagonistas o sus hijos, y por lo doloroso del período para quien se haya sentido o se sienta identificado con la causa carlista, dada la descomposición y rivalidades que se produjeron, con el triste resultado de tantas defecciones y tanta fragmentación.

Cuando se mira atrás en la historia del carlismo se es consciente de que rivalidades, luchas, y momentos dolorosos son casi una constante, y pues que para ejemplo basta una muestra, puede recordarse el fusilamiento el 18 de febrero de 1839 por el general Maroto, de los generales carlistas García, Sanz y Guergués, junto con otros oficiales.

Pero la cercanía de los hechos de este libro, en contraste con la lejanía de aquellos, hace que el turbulento período a que se refiere esta obra pudiera resultar incómodo al sacar a la luz muchos datos y hechos, tristes y dolorosos como aquellos, pero sin los cuales, sin embargo, no se podría entender el declive final.

Pero no haber actuado con la seriedad, rigurosidad y rabiosa independencia que fueron siempre signo de identidad en la trayectoria personal, política y empresarial de don Ignacio Hernando Larramendi habría sido traicionar su legado.

Y efectivamente, debo reconocer humildemente en estas líneas iniciales, que este libro, que creo que es muy valioso en lo histórico, me resulta en lo personal triste e incómodo en muchos aspectos.

Pero, precisamente, tanto la memoria de mi abuelo, que murió en diciembre del año 1957, en que comienza el período objeto de estudio, como la figura de mi padre, obligaban a que no se dejara, por temores o molestias personales, de analizar académicamente un período, un momento de la historia del carlismo, que probablemente nadie hubiera realizado con el mismo espíritu científico.

Naturalmente que, como toda obra histórica, que pone bajo el foco aspectos concretos, no puede ser omnicomprendensiva, y es posible, es seguro, que existan otros datos que ignorados o no valorados, puedan siempre desde el rigor, arrojar luz sobre ángulos o visiones adicionales en relación con el período.

Nada me gustaría más que el que ello fuera así, y que esta obra, aunque para algunos perturbadora y triste, como es mi propio caso, pudiera servir a la verdad y a la historia suscitando nuevos e iluminadores análisis.

Al final de este libro figuran, como en todos los publicados por la Fundación Ignacio Larramendi en temas de historia del carlismo, una descripción más concreta del origen del premio y de la obra, pero en este caso me ha parecido que debía escribir unas líneas que fueran de alguna manera explicación y antesala de este libro que, magnífico en su concepción y rigor doctrinal, tanto en su texto, como en la particular visión histórica del profesor Stanley Payne que le prologa, nos queda tan cerca en el tiempo de sus protagonistas.

LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI
PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN IGNACIO LARRAMENDI
NOVIEMBRE DE 2016, MADRID

Prólogo

Se ha dicho que los dos movimientos políticos más característicos de España por su singularidad fueron el carlismo y el anarquismo. No es que no haya habido movimientos o causas legitimistas, o movimientos revolucionarios anarquistas, en otros países, sino que su vigor y su importancia fueron mayores en España; una observación cierta en el caso de ambos movimientos. El uno de extrema derecha y el otro de extrema izquierda, lo único que tenían en común fue su énfasis en lo federal y lo descentralizado. Esto surgió de las condiciones específicas de España, que dieron más vitalidad a tales principios que en otros países. En ambas causas, la descentralización fue importante, pero mientras ésta formaba la parte dominante de los principios ácratas, en el carlismo fue solamente una parte importante de su ideario, que se basaba en el monarquismo legitimista.

El carlismo fue bastante más duradero que su antípoda anarquista o cualquier otro movimiento legitimista en Europa. El arraigo del tradicionalismo en España fue en parte, una consecuencia del vigor de las instituciones y valores tradicionalistas en el país, representados sobre todo, como se sabe bien, por las instituciones de Navarra y de las provincias vascas. Aún más importante fue la hondura de las raíces católicas. El carlismo fue totalmente católico, aunque el catolicismo español no fue en general carlista. También tuvo su importancia la relativa lentitud de los cambios materiales en España; los procesos de lo que normalmente se llama "la modernización", que llegaron algo más tarde que en la mayor parte de Occidente.

Como afirmación del tradicionalismo, el carlismo pronto ganó fama de ser ultra-reaccionario, aunque en sus comienzos no fue más que ultraconservador. Se proponía defender y mantener unas instituciones actuales y vivientes. En el comienzo, el carlismo no tenía una "ideología", sino que afirmó lo que de verdad existía, aunque esto muy pronto estaba empezando a

dejar de existir, y tal inquietud fue el factor principal en la cristalización del movimiento.

En 1834, exactamente como se había temido, las instituciones tradicionales estaban siendo transformadas, y los cambios en el sistema político fueron drásticos, con el resultado de que el carlismo pronto ya no formaba la derecha, sino la ultra-derecha. Ocupó esta posición durante casi toda su existencia, salvo en la fase final, y por eso se ha creído que el carlismo no cambiaba, que era lo que sus portavoces normalmente afirmaban. Pero la verdad es que el carlismo siempre cambiaba, a lo menos en algunas cosas, como era inevitable en los asuntos humanos. Siempre se mantenían intactos los principios legitimistas básicos, pero hasta éstos requerían alguna interpretación.

Después de la primera fase, el carlismo tuvo que elaborar una ideología algo más completa y complicada, y en la segunda guerra carlista daba más énfasis al fuerismo. Al comienzo el movimiento rechazó todo nacionalismo, porque el nacionalismo en España, como en otros sitios, era liberal. Sin embargo, con la evolución histórica y mayor diferenciación política en el país, el carlismo llegó a afirmarse en la época de la segunda guerra como el único verdadero nacionalismo español, acuñando por primera vez la frase de “glorioso movimiento nacional”, mucho más tarde recogida por los nacionales en la guerra de 1936. Sufrió las complicaciones casi inevitables en un movimiento dinástico-ideológico, en que su candidato legitimista no siempre cumpliera con todos los aspectos de la doctrina, y, más tarde, hasta faltara el candidato mismo según los criterios más estrictos.

La escisión llegó a ser una realidad con la división entre los “jaimistas” (que en la época de la primera guerra mundial apoyaban al candidato legitimista, don Jaime, aunque éste fuera partidario de los países “liberales” en la guerra) y los “mellistas” (partidarios de Juan Vázquez de Mella y Fanjul, doctrinario de un “carlismo puro”). Vázquez de Mella proponía mantener la esencia de la doctrina tradicionalista, pero definiéndolo en términos más comprensibles del siglo XX, como un movimiento descentralizado de tipo corporativista.

Se ha dicho, probablemente también con certitud, que el carlismo originario era el único movimiento popular de masas en España durante el siglo XIX. En cambio, en términos de apoyo

popular, el carlismo parecía ser un movimiento en un declive perpetuo después de la primera guerra. La sociedad tradicional se basaba, obviamente, en el campo y en los pueblos relativamente pequeños, mientras el desarrollo económico con sus cambios, tuvo efectos notables a mediados del siglo XIX y aún más en la primera parte del siglo XX. Aunque el movimiento rechazaba los partidos políticos, tendría a largo plazo que ajustarse a la vida parlamentaria, a lo menos hasta cierto punto, pero a pesar de todo consiguió mantener una cierta base, al menos en Navarra y en ciertas otras provincias.

Fue el destino del carlismo ser resucitado por sus enemigos. Primero tuvo lugar el cambio de régimen político y de dinastía en 1868-70, seguido por la Primera República en 1873-74, que provocó la revitalización del carlismo e hizo posible la segunda guerra civil. Más tarde el declive demográfico se acentuó con la modernización acelerada de la primera parte del siglo XX, acompañada también por la primera gran escisión. Otra vez fue revitalizado por sus enemigos. Las provocaciones de la Segunda República en 1931 lograron una resucitación, en que se efectuó también la reunificación del movimiento. La "tercera oleada" fue inevitablemente la más débil, pero sin embargo, el movimiento tenía más vitalidad que unos años antes. No habría ninguna "tercera guerra carlista," porque el movimiento renovado nunca tendría fuerza suficiente, pero bajo la Segunda República tenía más que antes, lo suficiente para ser un factor de cierto peso entre varios otros. Es verdad que en 1935-36 Manuel Fal Conde, el nuevo Jefe-Delegado, insistía en un intento de lanzar una insurrección puramente a favor de una monarquía carlista, pero de ningún modo tenía el peso adecuado, y los carlistas -sobre todo por la insistencia de los navarros- participaron como uno de los varios sectores (aunque tal vez el de mayor determinación) en la insurrección cívico-militar del 18 de julio.

La Guerra Civil de 1936-1939 fue la única en que los carlistas militaron en las filas de los vencedores, pero no fue una victoria por los carlistas, salvo en un sentido parcial y virtual. Al general Franco le gustó el tradicionalismo como visión histórica y como doctrina religiosa y social, y había leído con atención y cierto favor la redacción ideológica más reciente de su credo, *El Estado nuevo* de Víctor Pradera (1935), pero no le gustaba nada como causa

dinástica. Como movimiento político lo consideró anacrónico, sin capacidad para movilizar las masas –más y más urbanas- del siglo XX. Además creía que los carlistas, en términos políticos, eran siempre fautores de la división como disidentes perpetuos, mientras para Franco el principio fundamental fue siempre la unidad, como definida y determinada por el propio Franco, huelga decir. El carlismo formaba una de las dos bases del nuevo partido único de su régimen, la FET (1937), pero fue siempre la parte subordinada. Las peripecias del movimiento y los gestos de insubordinación bajo el primer franquismo han sido estudiados en otras obras premiadas por la Fundación Larramendi.

La longevidad del franquismo y su aparente éxito debilitaban y dividían al tradicionalismo. Algunos colaboraban directamente con Franco y la mayor parte de un modo más indirecto. Por años Franco reservaba el ministerio de Justicia y la presidencia de las Cortes para carlistas colaboracionistas, y también se aseguró una colaboración de los carlistas alaveses y navarros con la concesión de la relativa autonomía de Álava y Navarra. Además, el régimen siempre afirmaba algunos de los puntos básicos del carlismo, como el catolicismo tradicional y su cultura moral y religiosa, y la unidad nacional. La posición de Franco era que su régimen expresaba todo el tradicionalismo posible a mediados del siglo XX y exigir más era puramente entrar en el reino de las fantasías. Luego, el régimen buscó más división e incertidumbre, promoviendo la candidatura temporal del llamado “Carlos VIII,” un pariente dinástico lejano, que murió en 1953.

El líder nominal del carlismo dentro de España durante dos décadas, fue el Jefe-Delegado Manuel Fal Conde. Al comienzo también había tratado de negociar con Franco, en términos de una transición eventual carlista del régimen, algo totalmente inviable para el Generalísimo, y en consecuencia por muchos años Fal asumió una postura de oposición, mientras carlistas destacados colaboraron con Franco. Como todos los otros opositores del franquismo, no logró absolutamente nada.

La postura del regente, don Javier, siempre tendía a la ambivalencia. Franco le tildaba de “aristócrata francés” que no tenía nada que ver con España, algo que técnicamente fue cierto. Pero don Javier entendía los principios básicos del tradicionalismo, a lo menos en términos abstractos, y parece que siempre creía que

lo más práctico, tal vez lo único realmente posible, sería que otro gobierno o régimen que incorporara los principios básicos del carlismo, aunque sin rey carlista. Esto, de hecho, fue el objetivo de la misión del conde de Rodezno y otros carlistas en su visita a don Juan en Estoril en 1946. El pretendiente oficial, como camaleón siempre oportunista que era, pasando del intento de colaborar con los nazis en 1940 a un acuerdo con los comunistas en 1975, tampoco tuvo inconveniente en declarar su conformidad con el tradicionalismo, aunque no significaba nada. Tal intento de los “posibilistas” suscitó la ira de los intransigentes, aunque de verdad no estaba tan lejos del pensamiento personal de don Javier, reacio a presentarse directamente como pretendiente oficial.

Hasta los intransigentes se dieron cuenta de que un carlismo “puro” no tendría porvenir siempre en oposición a Franco, y esto abrió el camino para la última etapa del tradicionalismo político, cuyas peripecias y matices están cuidadosamente tratados en este estudio por Mercedes Vázquez de Prada. Como pasa muchas veces con la investigación en la historia política contemporánea, ha tenido que crear su propia base documental investigando una serie de archivos personales para lograr una historia completa de un proceso contradictorio y a veces confuso.

El libro empieza con el intento de los tradicionalistas más exigentes para lograr un cambio básico en la postura ambivalente de don Javier, que se efectuó en 1955-56. Entonces empezó la política nueva de tratar de negociar con el régimen para influir en su sucesión política, que la autora narra y analiza en gran detalle. Pero también encontró la oposición de carlistas “puros” y poco más tarde una divergencia totalmente nueva con la entrada en acción de una nueva generación carlista, liderada por Hugues, el hijo mayor de don Javier.

Fueron fundamentales en esta etapa tres cosas: la gran eclosión cristiano demócrata y socialdemócrata en la Europa occidental, acompañada por una expansión económica sin precedentes; el concilio Vaticano II; y el cambio generacional en el carlismo mismo. En las dos décadas después de la guerra mundial el occidente de Europa se transformó, sobre todo en lo político y económico. Todo esto tuvo un gran impacto en la juventud, especialmente, e hizo muy difícil la continuación de un genuino tradicionalismo político dentro de este sector.

Los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II también influyeron mucho. El principio de la libertad religiosa parecía dar al traste con la doctrina tradicional de la unidad católica. Igualmente parecía legitimar la democracia, como decían los franquistas, "inorgánica". El propio Franco consideraba que el concilio, sus conclusiones y la política vaticana posterior fueron el golpe más duro que había recibido jamás. La opinión de un carlista moderado como don Javier no fue tan diferente. Para los tradicionalistas puros, aún peor.

Finalmente, el relevo generacional fue decisivo. Si los diseños políticos de don Javier eran a veces inciertos, los de su hijo Hugues eran totalmente heterodoxos. Este empezó sus actividades dentro de España en Montejurra en 1957, y se basaba sobre todo en los estudiantes de la Asociación Estudiantil Tradicionalista. Puesto que un nombre francés, y además algo raro, no funcionaba bien en España, se presentaría en varias ocasiones como "Carlos", "Carlos Javier", "Carlos María Isidro", "Hugo Carlos" y hasta "Carlos Hugo" -daba igual- este pretendiente en ciernes, fijándose finalmente en "Carlos Hugo". Su programa político, lenta pero progresivamente, empezaba a cambiar con igual facilidad, apoyado sobre todo por los jóvenes de la AET, hasta finalmente entregarse al becerro de oro de la época, definiéndose como "socialismo autogestionario", que supondría la escisión y el ocaso final del tradicionalismo. No era reacio a presentarse como pretendiente, pero le sirvió para poco. Participó en muchos actos o encuentros políticos, que según Franco tenían más las características de una "zarzuela." El viejo dictador le encontraba en términos personales "agradable," pero ya no buscaba más confusionismo dinástico y después de años le expulsó del país, negándole un pasaporte español. En la primera fase de la democracia posterior, no lo pasó mucho mejor. Aunque se legalizó al Partido Comunista y a la Comunión Tradicionalista en su forma más o menos clásica, se negaría igual legitimación al nuevo Partido Carlista heterodoxo, al menos para las primeras elecciones en 1977. Pero de todas formas, éste alcanzó otra singularidad final del carlismo, o del pseudo-carlismo, como el único movimiento en la historia del mundo que pasó de la extrema derecha a la extrema izquierda.

Así la década 1957-67 sería terminante para el tradicionalismo político, su estertor en la vida política activa, y está contado con

gran detalle y con objetividad por la autora. Fue la última etapa de una historia que había durado por un siglo y medio, la historia del movimiento político más longevo de la época contemporánea del país. En este libro se cuentan las luchas entre sus élites, con la actuación de las personalidades principales, ponderando el peso relativo de sus líderes y los sectores más importantes, y el conflicto fundamental con la heterodoxia nueva.

Hay que agradecer a Mercedes Vázquez de Prada por haber desenterrado toda la documentación necesaria para detallar con precisión esta etapa clave de la historia del carlismo. La última fase del carlismo verdadero.

STANLEY G. PAYNE

Introducción

El tradicionalismo carlista y legitimista surgido durante la primera mitad del siglo XIX como oposición al liberalismo es uno de los movimientos sociopolíticos más relevantes en la historia contemporánea de España. En sus orígenes pretende mantener los fundamentos inmutables de la legitimidad española, sintetizados en el lema “Dios, Patria, Fueros y Rey”. Significa no solo oposición a la revolución, la vuelta al Antiguo Régimen, sino también una política de Cristiandad y una defensa del legitimismo monárquico. La reivindicación legitimista no reconoce la validez legal de la Pragmática Sanción de 29 de marzo de 1830, por la que Fernando VII establecía la sucesión de las mujeres al trono de España, y defiende los derechos de su hermano, el infante don Carlos al trono de España por encima de los de su sobrina, la futura Isabel II.

Dos de los rasgos más determinantes del carlismo han sido el fuerte apoyo popular y la voluntad de renovación y de evolución ideológica. Una sorprendente y peculiar condición, ésta última, en una corriente tradicionalista y contrarrevolucionaria. El caso más singular de dicha transformación se produce a fines del franquismo con la aparición de un carlismo socialista alineado con la oposición izquierdista.

Durante la etapa de las guerras carlistas y hasta el advenimiento de la Segunda República, el carlismo, a pesar de sus crisis y escisiones, mantiene esencialmente la reivindicación legitimista y el intento de articulación de un sindicalismo de inspiración socialcatólica. Tras el hundimiento de la monarquía en 1931, el carlismo tuvo un destacado papel en el levantamiento de julio de 1936.

Los años sesenta en el siglo XX, constituyen un momento clave en la historia del movimiento carlista. Se incorpora entonces una nueva generación que no había participado en la guerra civil y que seguirá una línea que se aparta y “renueva” la tradición. El debate interno, entre el inmovilismo y la renovación ideológica, se saldará a fines de esa década con la quiebra definitiva de la

Comunión Tradicionalista, en dos corrientes opuestas. Una, fiel a la tradición y a las esencias carlistas y otra, alineada con la oposición de izquierda, y que evolucionará hacia el socialismo autogestionario.

La investigación sobre el carlismo durante el primer franquismo ha recibido en los últimos años un importante impulso, con publicaciones como las de Aurora Villanueva y Manuel Martorell¹, pero llama mucho la atención que no haya sido estudiada apenas la etapa siguiente. Prueba de ello es que no existe ningún libro de conjunto sobre la fase que se inicia en 1939, desde el final de la Guerra civil hasta la Transición.

Francisco Javier Caspistegui² publicó en 1998, *El naufragio de las ortodoxias*, una monografía sobre la transformación y permanencia del carlismo, del franquismo a la democracia. Parte de 1962 como fecha de inicio, pero se centra sobre todo en el momento de “clarificación” ideológica del carlismo, entre 1971 y 1977. La ausencia de soportes bibliográficos y la dificultad para el acceso a las fuentes más importantes determinaron un enfoque general, construido desde diversos frentes, que no sigue una línea esencialmente política. Aunque este libro constituye un precedente importante, al sentar una serie de bases -antropológicas, trasfondo doctrinal, influencia de los cambios externos, etc.- para profundizar en el estudio político, la compleja y fundamental etapa que precede a un giro ideológico de tal magnitud, continúa siendo una laguna historiográfica.

La presente monografía estudia la etapa colaboracionista del carlismo, dirigida entre 1957 y 1967 por José María Valiente Soriano, como Jefe delegado de la Comunión Tradicionalista. Se trata de una etapa clave para comprender, en toda su magnitud, el alcance del cambio ideológico que sufre el carlismo en los años setenta y que hunde sus raíces en la década que le precede. De igual modo, la investigación proyecta su luz sobre las razones de esa definitiva fractura por la que un movimiento, tan significado, con tanto arraigo popular, y de tan larga tradición, se derrumba para transformarse orgánica e ideológicamente en un partido socialista autogestionario.

1 Villanueva, Aurora, *El carlismo navarro durante el primer franquismo (1937-1951)*, Madrid, Actas, 1998 y *El desafío carlista al franquismo*, Madrid, Actas, 2010. Premiados ambos por la Fundación Luis Hernando de Larramendi.

2 *El naufragio de las ortodoxias*, Pamplona, EUNSA, 1998.

Tras la larga fase de oposición y de resistencia pasiva al franquismo, que lideró Manuel Fal Conde, el carlismo se encontraba a mediados de los años cincuenta prácticamente inoperante y deshecho. Desencantados y engañados, los líderes carlistas perdieron la capacidad de entusiasmar a unas bases que se encontraban desanimadas o buscaban alternativas en otras fuerzas políticas. Los jefes tradicionalistas estaban además, divididos y enfrentados por las luchas internas entre partidarios de don Javier de Borbón-Parma, de don Juan de Borbón y de un tercer pretendiente, el archiduque Carlos de Habsburgo-Lorena Borbón, nieto de Carlos VII por vía femenina. Tras el fallecimiento del archiduque en 1953, sus partidarios intentaron revivir, sin éxito, el movimiento con sus hermanos y sobrinos. El carlismo javierista inicia entonces una nueva política posibilista de aproximación al franquismo para tratar de encauzar y cohesionar sus fuerzas.

A lo largo de la década de los sesenta hubo un intento de revitalizar el carlismo, paralizado y desilusionado por la inactividad de sus líderes. Se trató de reconstruir -como se había hecho ya en ocasiones históricas anteriores- un movimiento que arrastrase nuevamente a las masas que habían alentado el ideal monárquico tradicional.

El objetivo fundamental del presente estudio es conocer por qué fracasa y se hunde ese proyecto tradicionalista. Por qué fue desbordado por una corriente, sobre todo juvenil, que alteró las esencias carlistas hasta crear una nueva fuerza política que poco tenía que ver con ellas. El análisis de esta última etapa de unidad carlista permitirá profundizar sobre el alcance y significado del hundimiento del tradicionalismo y la definitiva escisión de la Comunión Tradicionalista.

José María Valiente Soriano, una figura poco conocida, procedente de la democracia cristiana, abordó, en unos años cruciales de la historia de España, una labor política que resultaría tremendamente controvertida. El carlismo se aproxima a Franco, consigue una cierta tolerancia del régimen, se reactiva e inicia un proyecto de renovación del partido, impulsado por la presencia de Carlos Hugo de Borbón-Parma en España.

La investigación se centra en la política seguida en la cúpula dirigente de la Comunión Tradicionalista, la de los principales líderes y jefes carlistas y en la actuación de don Javier y de su hijo

Carlos Hugo de Borbón-Parma. Un estudio de ámbito general y nacional, vertebrado sobre el eje político del carlismo.

Los límites cronológicos del libro tienen como fecha inicial el año 1957. Dicho año señala el punto de partida del colaboracionismo con la convulsión política que provocan el cese de Manuel Fal Conde en la Jefatura delegada, en el verano del año 55, y la postura de don Javier de Borbón ante la presión ejercida por los carlistas de tendencia pro-juanista. Se trata a partir de entonces de reconstruir el partido y de cambiar la táctica de enfrentamiento pasivo al franquismo. La fecha final, 1967 marca la fractura definitiva del carlismo, con el fin del colaboracionismo tradicionalista y el traspaso de las tareas de dirección política del partido a José María Zavala. A partir de ese fin de año, en que cesa José María Valiente en la Jefatura delegada y Carlos Hugo asume la dirección del carlismo en España, se produce el viraje definitivo del partido hacia la izquierda.

Se buscan por tanto, las razones por las que la Comunión no consiguió vertebrar una renovación ideológica y política que, sin perder sus esencias, hiciera viable la instauración en España de un modelo de monarquía tradicional adaptada a las circunstancias sociopolíticas y culturales de la segunda mitad del siglo XX.

Los aspectos analizados ayudarán a esclarecer la problemática política y sociocultural de la etapa, inédita y poco conocida del carlismo al final del franquismo. Es parte esencial para conocer la evolución ideológica de un significativo sector de la derecha española a lo largo del siglo XX.

Las obras publicadas sobre Carlos Hugo de Borbón-Parma y su papel político han sido principalmente escritas por sus colaboradores. En 1976, José Antonio Parrilla, uno de los miembros de la Secretaría del Príncipe, publicó bajo el seudónimo de Javier Lavardin, *El último pretendiente* (París, Ruedo Ibérico). El libro narra el proyecto de lanzamiento político de Carlos Hugo desde su presentación en Montejurra -en mayo del 57- hasta el Montejurra del 66, que marca un punto de inflexión, con la escisión de la Comunión en dos grupos y la desintegración de la Secretaría. En la citada obra, se utilizan las notas de algunos protagonistas como Ignacio Toca y José Antonio Pérez-España y las opiniones sindicales de Pedro Olaortúa.

Ramón Massó Tarruella, “inventor” y jefe de la Secretaría de Carlos Hugo entre 1957 y 1965, editó en Barcelona -en el año 2004-

Otro Rey para España. El libro de Massó es una crónica personal sobre el lanzamiento y fracaso de Carlos Hugo, que escribió sobre el borrador de memorias dictado en Bilbao en 1966, tras su salida de la Secretaría del Príncipe.

Sobre las figuras de don Javier de Borbón y de su hijo Carlos Hugo se han publicado también algunas obras. *Don Javier, una vida al servicio de la libertad*, (Barcelona, Plaza y Janés, 1997), de María Teresa de Borbón, Joaquín Cubero y José Carlos Clemente; trata sobre todo del papel del pretendiente durante la guerra y el exilio y dedica solo unas pocas páginas a la reconstrucción del carlismo a partir de 1955. *Carlos Hugo, historia de una disidencia* (Barcelona, Planeta, 2001) de José Carlos Clemente constituye un primer intento de acercamiento a la figura y trayectoria política del primogénito de don Javier. Se pasa de puntillas sobre la década de los sesenta.

En 2010 se presentó el libro *-El rey que no pudo ser*, uno de cuyos capítulos, titulado *los años de la ambición y la esperanza*, aborda la etapa 1957-67-. Se trata de un breve apunte biográfico de Carlos Hugo debido a Francisco Manuel de las Heras y Borrero, que tiene cierto carácter apologético y aporta algunas novedades al conocimiento de la figura y postura del Príncipe.

José Carlos Clemente publicó en 2003, *El carlismo contra Franco* (Barcelona, Flor del Viento). Clemente, que colaboró con la secretaria de Carlos Hugo, hace una puesta al día del libro aparecido en 1977 y que se agotó rápidamente sin volver a editarse. En esta última versión alarga la narración hasta los años 80, con el fin de la acción política de Carlos Hugo en España. Se trata de una interpretación, con clara voluntad de legitimación, sobre una supuesta evolución ideológica del carlismo hacia su verdadera esencia en la defensa de una monarquía socialista. La etapa colaboracionista de José María Valiente se consigna muy brevemente en unas cuantas páginas.

Aparte de las obras reseñadas, se pueden citar algunas investigaciones que tratan cuestiones relacionadas con la etapa que nos ocupa. Josep Miralles publicó en 2007, *Estudiantes y obreros carlistas durante la dictadura franquista* (Madrid, Ediciones Arcos) centrada en la presencia carlista en las luchas obreras y estudiantiles contra la dictadura franquista. Jeremy MacClancy es autor del libro *The Decline of Carlism*, (University of Nevada, Reno-Las

Vegas, 2000). Se trata de una mezcla de antropología e historia en la que el autor interpreta el legado del carlismo en el nacionalismo vasco.

Manuel Martorell dedica la tercera parte de su tesis inédita, “La continuidad ideológica del carlismo tras la guerra civil” (defendida en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, en 2009), que titula “Paso a la juventud”, al análisis de la renovación que protagoniza la AET. La investigación se basa en el estudio de publicaciones como el boletín interno de la agrupación estudiantil y la revista *Azada y Asta*. En 2014, Martorell publicó “Carlos Hugo frente a Juan Carlos. La solución federal para España que Franco rechazó” (Pamplona, EUNATE). Desarrolla esa investigación desde el punto de vista de la alternativa que propone Carlos Hugo a la monarquía juanista, de democratización y freno nacionalista.

Dos son principalmente las interpretaciones que se barajan sobre la crisis del tradicionalismo y la rápida evolución ideológica de la Comunión hacia el socialismo autogestionario y federalista de un nuevo Partido Carlista. La versión tradicionalista, y más comúnmente aceptada, estima que fue forzada y “contra natura”. Dicha transformación, impulsada por un reducido grupo de líderes y “cuadros”, que se sirvieron de instrumentos como los “cursillos”, empeñados en una “modernización” a toda costa, habría provocado la desarticulación y quiebra del carlismo tradicional.

La tesis “neocarlista”, que desarrolla sobre todo José Carlos Clemente en su copiosa bibliografía³, parte en cambio de la consideración del carlismo como un movimiento de protesta popular. Fundado en el legitimismo decimonónico español contendría, a su juicio, indudables elementos ideológicos modernos: federalismo, profundas aspiraciones sociales, sentido de la protesta. La línea colaboracionista sería una distorsión forjada por un sector integrista infiltrado en las filas populares. El carlismo debía por ello actualizarse y para sobrevivir sería preciso efectuar la revolución social: desaparición de la propiedad privada, autogestión como sistema de democracia económica y monarquía socialista como forma de gobierno.

³ Una de las obras más recientes en las que recoge dicho planteamiento es *El carlismo contra Franco. De la guerra civil a Montejurra 76*, Barcelona, Flor del Viento, 2003.

La tesis de la que partimos en esta obra es la de una triple fragmentación de la Comunión: en sus líderes, en su proyecto ideológico y político, y en unas masas desconcertadas por la magnitud del cambio cultural y social de los años sesenta.

Aurora Villanueva ha descrito, en su libro sobre el primer franquismo, el agónico proceso de desintegración que sufrió en Navarra un carlismo que no supo adaptarse a la semiclandestinidad en la que le colocó el régimen de Franco, después de comprometerse con todas sus fuerzas en la guerra civil. Por otra parte, las convicciones religiosas y tradicionalistas del régimen pudieron contribuir a la desmovilización de importantes sectores del carlismo, que se sintieron cómodos en el mismo.

¿Pero era posible revitalizar y reorganizar el movimiento con un cambio de política y de reestructuración institucional? Se explica en el libro cómo es posible que un movimiento político tradicionalista popular, vigoroso y combativo que superó pruebas tremendas durante más de ciento treinta años, desapareció casi de golpe a finales de los años sesenta. Se analiza, como se ha visto más arriba, la trayectoria política general de los años 57-67, en los que la Comunión Tradicionalista ensaya una nueva estrategia de colaboración con el régimen franquista, para articular una alternativa a la monarquía liberal que representaba don Juan de Borbón. Se aclara por qué fracasa José María Valiente al estrellarse su proyecto en 1967. Por qué no sale adelante el plan de actualizar y modernizar el carlismo frente a la deriva hacia el socialismo autogestionario liderado por Carlos Hugo de Borbón, y que siguió solo una parte del movimiento carlista. En definitiva, se determinan las causas que explican ese giro tan radical del carlismo y el hundimiento de la Comunión a fines de los años sesenta.

Para la realización de esta investigación se ha contado principalmente con la documentación procedente de los archivos personales de los dos últimos Jefes delegados de la Comunión Tradicionalista. Como representantes del Rey en España, desempeñaron la primera magistratura política del partido. Manuel Fal Conde, Jefe delegado de la Comunión Tradicionalista entre 1935 y 1955, siguió teniendo después de su cese, un destacado papel político. Fue de hecho, un referente fundamental, tanto para don Javier de Borbón Parma (del que fue consejero "especial"), como para los

dirigentes carlistas. José María Valiente Soriano fue Jefe del Secretariado Nacional entre 1957 y 1960 y Jefe delegado de la Comunión Tradicionalista desde esa fecha, hasta 1967.

Ambos fondos contienen, además de la documentación oficial de la Comunión Tradicionalista, la valiosa y rica información que proporcionan los archivos personales a través de la correspondencia epistolar con don Javier de Borbón-Parma y con los principales dirigentes carlistas de Madrid y del resto de las regiones del país.

Otros fondos utilizados para la redacción del libro han sido los de Ramón Massó Tarruella, Miguel Fagoaga, José María Arauz de Robles, Francisco Carvajal, conde Fontanar, y Julio Danvila. El conde de Fontanar y Julio Danvila fueron los destacados valedores de la restauración monárquica liberal.

Quiero terminar estas líneas introductorias agradeciendo a la Fundación Ignacio Hernando de Larramendi, y especialmente a su presidente, Luis Hernando de Larramendi Martínez, su generoso apoyo para la realización y publicación del libro, galardonado, “ex aequo”, con el Premio Internacional de Historia del Carlismo en su XIV edición.

Agradezco también su ayuda al personal de los archivos en los que he trabajado, y a todos los que con sus explicaciones y observaciones han contribuido a esta investigación. Especialmente a Juan de Diego, José Antonio Pérez-España y Francisco Javier Asín.

Capítulo 1

El cambio de táctica: de la resistencia pasiva a la colaboración con el franquismo (1955-58)

La situación política de España a comienzos de los años cincuenta, en una etapa que ponía fin al aislamiento internacional, alejaba las esperanzas de una pronta restauración de la monarquía. La consolidación del régimen franquista se afianzaba progresivamente con la promulgación de nuevas leyes fundamentales, destinadas a suavizar sus rasgos fascistas y definirlo como una “democracia orgánica”. El fracaso de la política autárquica, la caída de influencia del grupo católico de la ACNP y el arrinconamiento definitivo de los proyectos falangistas de Arrese, abrieron desde 1957 la vía de entrada a los “tecnócratas”.

Una medida importante en el desarrollo institucional de la España franquista, fue la creación, ese mismo año, de la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno. Laureano López Rodó la concibe como un instrumento para poner en marcha una profunda reforma administrativa, que servirá de base a las nuevas leyes fundamentales que se aprobaron en mayo de 1958.

La Ley de Principios del Movimiento Nacional de 1958 definía a éste como una “comunidad”, y el régimen franquista era caracterizado como una “monarquía tradicional, católica, social y representativa”. Se reafirmaba la confesionalidad católica del Estado español y su compromiso con “la participación del pueblo” en las tareas de gobierno a través de la “representación orgánica” de las “entidades naturales de la vida social”: familia, municipio y sindicato⁴.

⁴ Álvaro de Diego González, “La tardía definición programática del régimen de Franco: La Ley de Principios fundamentales del Movimiento nacional (1958)”, *Aportes* 57, 20 (1/2005) pp. 94-109.

La difícil relación entre Franco y don Juan de Borbón se había moderado tras la aprobación de la Ley de Sucesión de 1947, dando lugar a un acercamiento entre ambos que permitió un privilegiado status para la Familia Real y que el Príncipe Juan Carlos se educara en España. La ley no designaba sucesor, por lo que la monarquía no sería restaurada, sino reinstaurada en la persona de la realeza que Franco decidiera. Una situación que los monárquicos, aunque divididos en cuanto a la colaboración con el régimen, tratarían de reconducir a su favor.

Los carlistas, apartados del poder desde que acabó la guerra y sin un abanderado que se reconociera como tal, corrían el peligro de que su formación política quedara reducida a una mera teoría. Además, tenían que contrarrestar las maniobras de los partidarios de una solución pro-juanista. En este difícil contexto, había dentro del carlismo dos corrientes principales: la de los que no estaban dispuestos, de ninguna manera, a acercarse al régimen (postura que lidera Manuel Fal, Jefe delegado de la Comunión Tradicionalista) y la de quienes veían por el contrario, en la colaboración una posibilidad táctica de recuperar terreno político y tratar de mantener el espíritu del 18 de julio, impregnando al régimen de tradicionalismo. Las resistencias que tuvo que vencer este segundo sector para desarrollar ese posibilismo fueron enormes. Debieron convencer primero a don Javier y después a los jefes carlistas y grupos significados de la Comunión Tradicionalista.

Manuel Fal Conde apartado de la Jefatura delegada

En 1955, tras casi dos décadas de tenaz oposición al franquismo, se abre en la Comunión el nuevo camino hacia la colaboración con el régimen. El cambio de política vino marcado por la profunda crisis que sufría el tradicionalismo, pero también por el impacto que produjo la segunda entrevista entre Franco y don Juan en la finca extremeña de “*Las Cabezas*”, en diciembre del año anterior⁵. Una entrevista que causó gran alarma entre quienes creyeron que demostraba claramente una toma de partido de Franco a favor de la dinastía alfonsina.

⁵ Sobre la entrevista de 29-12-54 véase, entre otros, Laureano López Rodó, L., *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, Noguer, 1977, p. 117 y ss.

La puesta en marcha del proyecto colaboracionista pasaba necesariamente por la neutralización de Fal Conde y de la Junta Nacional de la Comunión, ya que ambos exigían a don Javier una defensa firme de sus derechos y seguían manteniendo una postura política de oposición y resistencia pasiva frente al régimen.

El viaje de don Javier a Portugal⁶ y su paso por España en febrero de 1955, acompañado de su hijo Hugo, desató rumores sobre una posible renuncia a sus derechos. Don Juan de Borbón había recriminado a don Javier en Cascais⁷ por el *Acto de Barcelona*⁸. En presencia del embajador español, Nicolás Franco, ambos acordaron, al parecer, un cambio de postura por parte de don Javier y la salida de Fal de la Jefatura delegada. De vuelta por Madrid, don Javier comentó en casa de Sáenz-Díez⁹ alguna propuesta en favor de don Juan, que Rafael Gamba rebatió. En San Sebastián, las proposiciones, ya más explícitas de don Javier, fueron de reconocimiento de los derechos de don Juan a la sucesión. Argumenta que no había sido firme la proclamación de Barcelona, sino meramente por complacer a Fal, y que esa era la manera de congraciarse con Franco. Insistió en que era necesario estar a bien con el régimen para poder sucederle, si éste caía¹⁰.

“Traía veneno contra mí -relata Fal-. Aquellos dos días me quemé totalmente. Solo al final del viaje conseguí impresionarle con un argumento puramente de prudencia: Si algún día vuestra alteza decide abdicar sus derechos en don Juan, no sea porque le hacen creer que va a triunfar indefectiblemente, porque en ello puede haber grave error, sino porque sea un hecho su entronizamiento y entonces la renuncia vaya condicionada con aceptaciones de principios por la otra parte y con actos de parte

6 Don Javier y sus hijos viajaron a Portugal para asistir a la boda de la princesa María Pía de Saboya con el príncipe de Yugoslavia, que se celebró en Cascais el 12 de febrero. Al enlace asistieron miembros de todas las Casa Reales de Europa, entre ellos don Juan de Borbón.

7 Localidad costera situada a 25 kilómetros de Lisboa y frontera con Estoril.

8 En mayo de 1952 ante el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista, reunido con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Barcelona, don Javier se proclama heredero de la dinastía carlista. A pesar de ello, el príncipe mantuvo ciertas reservas sobre el acto que fue cuidadosamente preparado por las altas instancias tradicionalistas.

9 El empresario carlista fue miembro de la Junta carlista de guerra.

10 Los documentos de esta trayectoria pueden seguirse en Manuel de Santa Cruz, *Apuntes y Documentos para la historia del Tradicionalismo español (1939-1966)*, Madrid, Editorial Católica, T. 17, 1955 y siguientes.

de Franco. Todo menos esta rendición imprudente. Le impresionó y me prometió parar la carrera"¹¹.

Sin embargo, Rafael Olazábal unos de los más destacados partidarios de la operación "unionista", convence a don Javier para volver a su postura anterior. En medio de este tira y afloja y como la proclamación como rey (que debía ser el remate del Acto de Barcelona) no llegaba, ni se desmentía claramente, los ánimos de los jefes se fueron exaltando. Comenzaba de hecho la lucha política entre los dos sectores.

El 27 de febrero se celebró una reunión en Zaragoza en la que los jefes de las principales regiones de España decidieron pedir a don Javier que desistiera de dar cualquier paso que pudiera favorecer una restauración del régimen liberal. Como consecuencia del revuelo causado por dicha reunión, que tuvo ciertos rasgos de contragolpe carlista, por su convocatoria irregular y al margen de los organismos oficiales de la Comunión, se constituyó una nueva Junta Nacional. La formaron José María Valiente, José Luis Zamanillo, Juan Sáenz-Díez y Jaime de Carlos. Dicha junta funcionó unos meses hasta el cese de Fal Conde en la Jefatura delegada.

En agosto, don Javier pasó unos días en Astigarraga (Guipúzcoa) en casa del marqués de Valde-Espina¹². Allí se concretó el plan político del sector pro-juanista, pactado con el ministro de Justicia, Antonio Iturmendi¹³, que comenzaría con la salida del Jefe delegado¹⁴.

Los jefes guipuzcoanos y navarros, en cuanto se percataron de la maniobra, reaccionaron invitando a don Javier a Leiza. Aprovechando las fiestas patronales, convocaron a los carlistas de toda la región para rendirle lealtad. Cientos de entusiastas le aclamaron al grito de ¡Viva el Rey! Antonio Iturmendi se sintió engañado porque los carlistas no habrían cumplido lo pactado, barajando la posibilidad de volver a expulsar al abanderado legitimista de España. Rafael Olazábal calificó, no sin razón, aquél viaje a Leiza

11 Carta de Fal a Raimundo de Miguel, 28-7-73. Archivo General de la Universidad de Navarra, Fondo Personal Manuel Fal Conde, 85. En adelante, AFC.

12 Hijo del histórico militar carlista que defendió el último sitio de Bilbao en 1874.

13 El tradicionalista Antonio Iturmendi Bañales (Baracaldo, 1903-Madrid, 1976) fue titular de Justicia desde 1951 a 65 en que pasó a presidir las Cortes y el Consejo del Reino.

14 Ver Manuel de Santa Cruz, *Apuntes y Documentos para la historia del Tradicionalismo español* (1939-1966), Madrid, Editorial Católica, T. 17, 1955, pp. 123-160.

como “una encerrona” para abortar el programa convenido con el ministro de Justicia¹⁵.

Aparte de su inamovible postura política de oposición al franquismo, Manuel Fal había llevado las cosas siempre solo. El estilo autoritario con el que gestionó la política carlista durante veintidós años, le había creado muchos enemigos, especialmente entre los jefes guipuzcoanos y navarros que defendían los fueros¹⁶. Con todo, a don Javier, que nunca dejó de reconocer en Fal a su más fiel consejero (en diciembre le nombró consejero particular directo¹⁷) le costó prescindir de él como Jefe delegado. Quizá por ello, el cese se produjo de forma un tanto insólita, ya que el interesado, que acababa de pasar unos días en Lourdes con don Javier, no se enteró del mismo hasta su regreso a Madrid, por una llamada telefónica de Juan Antonio Olazábal¹⁸.

En los últimos meses del año, don Javier fue concretando el plan de acción, sin conseguir el visto bueno de Fal Conde (a quien seguía pidiendo consejo), para quien la nueva etapa que se abría ponía fin a la legitimidad¹⁹. Don Javier creía que tendría mayor libertad de movimientos como regente. Aunque quiso mantener esta idea en secreto, salvo entre el grupo de íntimos, como Fal Conde o los consejeros Guillermo Galmés, Miguel Fagoaga y José María Valiente, su deseo era contar para ello con la conformidad de los principales jefes y consejeros. Si don Juan no correspondía (aceptando los principios tradicionalistas), volverían a una postura de defensa pasiva, pero con la conciencia de haber hecho todo lo posible para conseguir la unión dinástica²⁰.

En el manifiesto que don Javier dirigió a los carlistas en el mes de diciembre, les recordaba que no eran un partido, sino los custodios de un patrimonio, y anunciaba que asumía personalmente el mando, para aglutinar, “no solo a los carlistas, sino a todas las gentes de

15 La familia Baleztena, natural de Leiza, en cuya casa residió estos días el jefe de los Borbón Parma, jugó un papel clave en este “secuestro”, tal y como lo define Javier Baleztena Abarrategui en entrevista personal. José Antonio Parrilla también se refiere a estos hechos en Javier Lavardin, *El último pretendiente*, París, Ruedo Ibérico, 1976, p. 24.

16 Carta a Fal Conde 15-9-1955, AFC.

17 Carta de don Javier a Fal, 22-12-1957, AJMV.

18 Los pormenores del cese del jefe delegado se pueden ver en la declaración de Zamanillo a Manuel de Santa Cruz, op. cit. 1955, p. 146. Lo más probable es que don Javier no se atreviera a cesar a Fal mientras se encontraban en Lourdes. El aprecio mutuo quedó, al menos aparentemente, intacto y el antiguo jefe delegado continuó teniendo un importante peso como consejero real.

19 Carta de 1-10-1955, AFC.

20 Carta a Sáenz-Díez, París 18-12-1955, AFC.

orden". Se trataría de colaborar con los franquistas, juanistas, sivatistas y octavistas y con los mismos falangistas para "plantar una barrera al neo-republicanismo"²¹. Tras su viaje a España se convenció de que postularse como pretendiente sería un obstáculo a la vuelta de la monarquía, por las divisiones y recelos que suscitaría²². Quería contentar a todos, pero se encontraba alejado de la situación española y como había hecho en otras ocasiones, deja en manos de José María Valiente las decisiones importantes: "No sé si eso es prudente [...]. Es muy difícil para mí desde el extranjero y con el poco contacto que tengo de juzgar de las mentalidades y de las posibles reacciones"²³.

El borrascoso Consejo Nacional de enero de 1956

Tras las fiestas navideñas, don Javier viajó nuevamente a España. Comenzando por el norte, pensaba recorrer una serie de ciudades para tomar contacto con la realidad de la Comunión. Los consejeros seguían temiendo en su mayoría, un acercamiento del Príncipe a la dinastía liberal. Por eso, ya en Bilbao, se produjeron escenas violentas en una tormentosa reunión que tuvo lugar en casa de Rafael Olazábal. Allí los carlistas más jóvenes, entre ellos Ramón Massó, entonces secretario general de la AET, protestaron airadamente contra una solución pro juanista²⁴. Los reproches se repitieron también en Barcelona²⁵.

A pesar de esas críticas, don Javier pronunció en Madrid, el 17 de enero, un discurso ante el Consejo Nacional de la Comunión²⁶, en el que se sentaban las bases de la nueva política²⁷. En primer lugar, expuso su punto de vista sobre la situación internacional y las consecuencias que ésta tendría para España. Europa se encontraba en un estado casi revolucionario, en el que luchaban dos fuerzas opuestas: el materialismo utilitario americano y el comunismo soviético. España, atrapada en ese remolino, vivía una situación

21 Manifiesto de diciembre de 1955 s.f., en AFC.

22 Carta de don Javier a Fal 6-4-1957, AFC.

23 Carta a Valiente, 20-5-1957, Archivo General de la Universidad de Navarra, Fondo Personal José María Valiente, en adelante, AJMV.

24 Noticias sobre esta reunión en la capital vizcaína en Santa Cruz, op. cit., 1956, T. 18, p. 15.

25 Sobre la estancia del príncipe en Barcelona, véase Santa Cruz, op. cit., 18, 1, 1956, p. 17 y ss.

26 Sobre este discurso hay ciertas noticias en la narración de José Ángel Zubiaur (secretario de la Junta de Navarra) al valenciano Carlos Cort en carta fechada el 13-2-1956, en Santa Cruz, op. cit. tomo 18, 1, 1956. p. 39.

27 Discurso de 17 de enero 1956, AJMV.